

El Hambre de *Galiano*

Edición ~ *Griselda Edith Casabone*

Edición gráfica ~ *Nebuen Odriozola*

Ilustración de tapa recuperada de:

<http://www.greatlakeswimmers.com/albums/>

Manuel Inchaurregui

El Hambre de *Galiano*

Relatos de la cárcel

Agradecimientos

*A Gri, porque sin su aliento y su consejo
este libro no existiría.*

*A Nebuen, por diseñar mis ideas
e ilustrar mis palabras.*

*Al equipo de “Cuenta Conmigo”,
por acompañarme en esta experiencia transformadora.*

*A los Guerreros de la Unidad 45,
por recordarme que el único sueño inalcanzable
es al que se renuncia.*

PROLOGO

El hambre de Galiano es un libro de microrelatos que surge a partir de mi experiencia en el taller literario que coordiné en la Unidad Penitenciaria N° 45 de Melchor Romero, provincia de Buenos Aires.

Tuve la posibilidad de participar en este espacio en el período 2015-2016, como parte del equipo de “Cuenta Conmigo”, un programa de educación en contextos de encierro que trabajaba con un grupo de más de 150 chicos, autodenominados como “Los Guerreros”.

Cuando entré no tenía ni la menor idea de lo que era una cárcel. Pero durante esos dos años de compartir charlas, mates, risas, lágrimas y abrazos, aprendí como nunca. Una vez que me alejé de todos los prejuicios que traía de la calle, me divertí y crecí junto a esos chicos. Los conocí y llegué a quererlos. Sin buscarlo, esos pibes se hicieron mis amigos.

Este libro nace de esos encuentros. Los dieciocho textos que recopila tienen una base real, auténtica, fruto de mi experiencia en el taller. Pero asumo la libertad –y el riesgo– de ir más allá de lo vivido y complementar esa

realidad a la que tuve acceso con recursos de la ficción. La ficción a la que hago referencia no surge de una oposición absoluta a la verdad. La ficción que propongo es una ficción verosímil, que viene a llenar los vacíos de mi memoria, a completar ciertos detalles que, por el paso del tiempo, me resultan difusos. No tiene la función de entretener ni deslumbrar al lector, sino que busca darle densidad a mi relato y, en algún punto, hacer tambalear la verdad.

El hambre de Galiano gira en torno a un triple eje: el taller literario, como lugar de trabajo y de disputa de sentidos; la cárcel, como escenario contradictorio por su función represiva y como espacio donde se dicta el taller; y la palabra, como herramienta catártica y liberadora en los contextos de encierro.

Este trabajo surge de la necesidad de narrar lo vivido, de recuperar las voces de esos chicos, nacidas en los márgenes; de reflexionar acerca del valor de la palabra dentro de una institución que aspira incansablemente a censurarla; de ampliar los horizontes de nuestra intervención social como periodistas profesionales. Pero sobre todo, es mi reconocimiento a esos pibes y a su esfuerzo incondicional.

Escribir es la forma que encontré de darle un cierre a esa experiencia extraordinaria, que no nos habilitó la posibilidad de despedidas por su final triste y silencioso. Gracias, Guerreros, por todo lo que me enseñaron. Este libro es para ustedes.

*“Tal vez sea por esto
que pensar en un hombre
se parece a salvarlo”.*

Roberto Juarroz
Poesía vertical (1958)

FUGA

*Miro el rostro de identidades dispersas
que siente día y noche el desgaste del tiempo
en su fatigada tristeza.*

*Miro el rostro en tinieblas
que sueña con soles esquivos
en su furiosa miseria*

*Miro ese rostro que anhela que su vida sea un mal sueño
y fantasea un mundo piadoso
en su imaginación despojada.*

*Miro y encuentro un único rostro
un rostro pibe y guerrero
que sonríe a pesar del dolor
y perdona.*

M.I.



PEQUEÑO BURGUES

¿Qué lleva al pequeño burgués a participar de un taller literario en la cárcel? ¿Por qué decide alejarse por unas horas de su familia “de bien”, de su club, de su cómodo círculo social, para pasar el tiempo con delincuentes? ¿Qué espera encontrar en esa nueva experiencia? ¿Abrir su cabeza? ¿Ponerse en el lugar del otro, del pobre, del negro, del marginado? ¿Podrá así, de una vez por todas, lograr comprender el sistema del que forma parte, el mundo en el que vive?

Con el paso del tiempo se acostumbra al taller, se familiariza con el funcionamiento de la cárcel. Deja de mirar con ojos foráneos. Se interesa. Escucha las historias de los pibes. De a poco, los conoce, los entiende; llega a quererlos. Percibe que lo único que lo deferencia de ellos es el lugar en el que le tocó nacer. Y agradece su suerte.

Clase a clase los pibes mejoran. Él lo ve: lo ve en sus producciones, en sus ganas de participar, en sus aportes,

en su entusiasmo por aprender; lo ve en sus sonrisas.

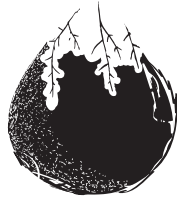
Un día, al llegar, se encuentra con que a la mitad de los pibes se los llevaron en un traslado masivo. En el mismo acto el pequeño burgués comprende que su tarea ahí adentro es minúscula, que la cárcel es un depósito de marginados que no le importan a nadie. Comprende -por fin comprende- que su trabajo ahí adentro no hará ninguna diferencia; que su trabajo -sus libros y poemas, sus crónicas y literaturas- es vano. Vano y tal vez, duda, cómplice. Esta idea, ligeramente, lo amarga.

Después de una clase oscura, dedicada a la poesía, sale por al pálido y triste pasillo. Medita y considera renunciar. Distráido, tal vez agobiado, abre la hoja que un pibe le acaba de entregar. Lee:

“Soy una voz sin fuerza,
cansada de gritar.
Soy una boca rota,
una cara partida.
Soy lo que todos odian,
pero nadie ve.
Soy un preso.
No soy nadie,
no soy nada,
pero siento todo
y duele.

Gracias al taller aprendí a tirar mi bronca en un papel.
Gracias al taller estar acá dentro duele un poco menos.”

El pequeño burgués siente la lágrima inminente y sonríe. De repente, el pasillo, pálido y triste, se ilumina fugaz. Hay que escribir. Hay que escribir, repite, para tirar la bronca y que duela menos.



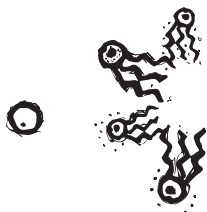
NOCHE ABSOLUTA

Es con la llegada de la noche que el preso entiende que está preso. Es con la oscuridad absoluta que no encuentra más compañía que la de sus pensamientos. Es con el silencio que queda forzado a escuchar su propia voz. Ese silencio con ecos de llanto, que lo empuja a la desdicha, que lo remonta a tiempos felices.

Es con la noche que le llegan los pensamientos de hombre libre: piensa en el olor de su casa, en el beso de su esposa, en la sonrisa de su hija cuando lo ve llegar. Pensamientos que subrayan su encierro. Con el tiempo la mayoría se acostumbra y deja de lado esas ideas. Con el tiempo el preso se acostumbra y empieza a pensar y a desear como un preso. Entonces sólo espera la comida, la salida al patio, el partido de fútbol, el día de visitas.

Pero cada tanto, en la noche absoluta, vuelven los pensamientos de hombre libre y el preso sufre, llora y gime en silencio. En esa sólida oscuridad entiende

que sólo tiene este presente gris y ominoso, que su día a día es una espera constante, una condena infinita, porque en la cárcel la vida permanece en suspenso.



SUENO DE VIGILANTE

El vigilante encara la oscuridad del pasillo. Cada paso le cuesta. Los borcegos le pesan, el cinturón le pesa, el garrote le pesa, los ojos le pesan. El cuerpo entero le pesa. Un metro antes de la puerta del SUM, se detiene y se deja caer sobre la pared gris. Saca un atado del bolsillo, enciende el último cigarrillo y escucha.

—El mundo es eso. Un montón de gente, un mar de fueguitos—, dice una voz suave, detrás de la reja. —Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás.

El vigilante arruga la cara en un gesto incierto; da una bocanada profunda y cruza los brazos sobre su panza redonda. La voz continúa.

—No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas

que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende.

El vigilante se asoma por la puerta enrejada. Necesita darle un rostro a la voz que sale del SUM. Ve a un chico flaco, de anteojos, en el centro de una ronda de más de 100 pibes presos. Todas las miradas están puestas en él.

El chico cierra el libro que tiene entre sus manos y levanta la vista.

—Ustedes deciden qué tipo de fuego son. Ustedes eligen sus sueños y quiénes van a ser cuando salgan de acá. Nadie más que ustedes. Para el próximo encuentro les pido que cada uno me traiga una lista con cuatro o cinco sueños que tengan, que vamos a trabajar con eso.

Los pibes toman nota apresurados, para no olvidar la consigna.

—Todavía nos queda un poco de tiempo. ¿Alguien quiere compartir un sueño o un deseo profundo que se le venga a la cabeza?— pregunta el chico. —Cualquiera, dale, el primero que se les ocurra.

—Yo sueño con salir y trabajar, con poder vivir de algún oficio que me guste: de carpintero o herrero— dice uno de los pibes con timidez, tras unos segundos de silencio.

—Yo con estar en la calle y llevar a mi hijita a la plaza— comenta otro, por lo bajo.

El vigilante escucha y se pone tenso. Da una pitada

furiosa y piensa. Piensa. Algo lo incomoda. ¿Serán esos chicos con la guardia baja, vulnerables? ¿Será que la simpleza de sus deseos los vuelve más humanos? No sabe qué, pero algo le revuelve el estómago, lo pone nervioso.

—Yo sueño con no sentir más odio— dice uno de los pibes, mirando el piso. —Acá adentro odiás a la cana, a los jueces, al sistema. Odiás hasta a los que tenés al lado. Odiás a todos. Todos son unos hijos de puta. La cárcel te enseña a odiar, y eso hace mal. A la larga, te enferma... Yo sueño con salir y poder dejar mi odio acá adentro.

Silencio, miradas reflexivas que se rozan, cabezas que asienten; más silencio.

El vigilante tira el cigarrillo, saca el garrote y da tres golpes secos a la reja que retumban a lo largo y a lo ancho del SUM. Todos los ojos se clavan en él.

—¡Dale, dale! ¡Al buche! ¡Dejensé de joder y levanten todo!— grita, agitando el palo.

¿Sueña el vigilante? ¿Con qué sueña? ¿Con qué sueña el vigilante mientras custodia al preso que sueña?



LOS MIEDOS

En medio de una noche muda, un chistido rompe la delicada melodía del silencio.

-¿Qué querés, Negro?- pregunta Emiliano, sin abrir los ojos.

-¿Le tenés miedo a algo?

-¿Qué te pasa? ¿Estás drogado, vos?

-Es para el taller. Tengo que escribir un poema sobre el miedo y no tengo ni idea. ¿Se te ocurre algo?

-¿No tenés ni idea? ¿Estás acá adentro y no sabés lo que es el miedo? Me vas a decir que nunca tuviste miedo...

-¡Shh! A ver si cierran el orto ustedes dos.

-Perdón, Gordo. Me enrosqué con eso, no podía dormir- responde, casi susurrando.

-‘Ta bien, Negro. Ya me despertaste. ¿Qué te pasa? ¿Con qué estás cagado?

-Naa, cagado con nada. Tengo que escribir una poesía sobre el miedo y ni idea.

-Mirá, si acá dentro no tenés miedo es porque sos el más poronga o el más boludo. Y el más poronga no sos- especula Emiliano.

-No sé. No tengo miedo a morirme. Capaz tengo miedo a morirme acá adentro... a no llegar a salir, a nunca dejar de ser preso. ¿Me entendés?

De golpe, la celda enmudece y se pone más oscura, como si hubiera terminado el acto de una obra y la cortina acabara de cerrarse.

-¿Y vos, Gordo?- pregunta el Negro, resuelto a no soltar la conversación.

-Yo no. A mí la muerte ya no me espanta.

-¿Qué, me vas a decir que acá adentro no te da miedo cada tanto?

-Cuando ya viste a la muerte a la cara, cuando la viviste tan de cerca que la llegaste a sentir respirándote en la nuca, le perdés el miedo.

-Y si no es a la muerte ¿a qué carajo le tenés miedo?- pregunta Emiliano.

El silencio vuelve a adueñarse de la celda y, por unos segundos, sólo se oyen sus débiles respiraciones.

-A veces me imagino que salgo de acá y que cuando mi hijo me ve, no me reconoce. A eso le tengo miedo.

-Yo le tengo miedo al encierro- dice Emiliano y siente que los ojos de sus compañeros lo encuentran en las sombras. -Cada vez que escucho el golpe de una reja pienso que así debe sonar la muerte.

“Miedo al encierro”, resuenan en todas las palabras de Emiliano. ¿Cómo un preso puede tenerle miedo al encierro? Y siguen en el miedo. En el miedo al miedo, y en ese miedo irónico al encierro.

-Mejor hacé el poema de otra cosa- sugiere el Gordo y cierra la conversa.

Es que, a veces, pensar da miedo.



LEONERA

La leonera es una celda diminuta ubicada a la intemperie, a un costado del pasillo que lleva a los pabellones. No hay colchón, no hay baño, no hay nada. Ni siquiera un ventiluz para comprobar el paso del tiempo. Nada. Con suerte, un cartón tirado en el piso como cama y un tacho en el rincón como inodoro.

La leonera es una herramienta de escarmiento. El preso que termina ahí es porque se olvidó cuál era su lugar dentro de la cárcel. Muchos son arrojados allí con el pecho inflado: entran con coraje, con una valentía que parece inquebrantable. Son bien vistos por sus compañeros, que festejan su bravura. Pero cuando salen, son cuerpos blancos y desnutridos, inciertos de vida. Sólo constancia de que la dignidad poco tiene que ver con la cárcel y sus instrumentos de humillación. Sólo la muestra de que en la cárcel el poder lo tienen los uniformados y que no conviene desafiarlos.

La leonera es la prueba de que aún dentro del infierno

se puede estar peor, de que aún en el infierno se puede estar más o menos cerca del fuego. Es la forma en que el preso aprende a sufrir con método; y arder de dolor y olvidos.

La vida en la cárcel es una lenta rutina, pero en la leonera, la vida no pasa, se detiene. Lo poco que le queda al preso de humano, lo pierde allí. No come, no habla, no duerme. Los que pasan por al lado, no lo miran. Saben que no deben mirarlo. La leonera es tóxica, lección maldita.

El preso espera y resiste. Se resiste a llorar, a gritar, a patear; a romperse la cabeza contra la reja helada que no lo deja respirar. Se resiste a usar el tacho, aguanta cuanto puede para evitarse esa última indignidad. Y cuando no aguanta más, cuando ya la dignidad quedó en otro tiempo, otro hombre, convive con su propia mierda. Eso es lo más perverso, lo más degradante de la leonera; allí la pena se cierra sobre sí misma: ni el frío, ni el hambre, ni el dolor, ni los castigos, ni las requisas. La leonera consigue que el hombre se ponga de rodillas, se rebaje al máximo, hasta el punto de que se acostumbre a vivir con su propia mierda.

El preso deja de sentirse hombre. Deja de sentir. Pero por puro instinto, una rebeldía profusa le llega como viento sur y piensa en el taller y en que tal vez allí alguien note su ausencia. Recuerda que tenía que memorizar un poema para recitarlo enfrente de todos y le vienen los primeros dos versos a la cabeza:

“Somos la recuperación de una pérdida / Estamos en los que ya no están”.

De repente, y misteriosamente, el preso se siente menos preso.



EL PORONGA

Cuántos se quedaron en el molde cuando él se plantó. Cuántos terminaron tendidos en el piso cuando él sacó su faca. Cuántos canas bajó antes de que pudieran reducirlo. Pero acá no. Acá la ley es otra: acá la faca no puede hablar, acá el arma es la palabra. El poronga, que tan grande la tiene en el pabellón, acá, en el aula, es débil.

El poronga silabea, trata de sacar algo de esas letras amuchadas que forman palabras densas, casi indescifrables. Letra a letra, sílaba a sílaba, lee, modulando en silencio, intentando darle un sentido en su cabeza. Y cuando lo consigue, cuando logra llegar a un punto, toma el lápiz y comienza a deslizarlo delicadamente por la hoja. Copia. Imita las formas, las líneas y las curvas de las palabras, de la oración que acaba de leer. Traza una delgada línea que sube y baja por el renglón, con ondulaciones frágiles, casi ilegibles. Escribe letra por letra. Termina la palabra, y deja

escapar un esbozo de sonrisa, medio ladeada, que se esfuerza por contener mordiendo su labio inferior.

Su mano, poco diestra para llevar el lápiz, aprendió de joven a empuñar la faca. Sus ojos, poco aptos para la lectura, son expertos en distinguir el peligro. El poronga es bruto y analfabeto, pero es licenciado en calle y doctor en calabozos y palizas.

El poronga no pudo elegir su herramienta de vida, no pudo elegir entre la faca y la palabra. El sistema eligió por él. Su escritura es una alegoría, una metáfora de su historia: una línea delicada que sube y baja por el renglón, que recorre la hoja con frágiles ondulaciones y por momentos se enreda.

Su vida es una oración complicada, de trazos grotescos y destino incierto.



EL HAMBRE DE GALIANO

¿Le habrán avisado a Flor? ¿Vendrá a buscarme con la gorda? Qué ganas de abrazarla. Debe estar enorme.

¿Qué hora es? Una y diez. En media hora cierra el juzgado, así que ya tiene que estar por llegar la orden por fax. Qué piola salir a la calle, poder ver a la familia, a los pibes. Espero que me reciban con unas birras y un asado. Qué rico un buen asado, la puta madre.

Va a estar jodido conseguir laburo, eso sí. Cómo me la bajó el enano el otro día; ni una changa metió desde que salió. No tengo que colgar, tengo que hablarle al Negro a ver si pego ese laburo en el Mercado Central. Sería un golazo. Y si no, no sé. Pero la gorda tiene que morfar. Si tengo que volver a agarrar los fierros, los agarro, pero ella no va a pasar el hambre que yo pasé. Eso no.

Concha de la lora, todavía no salí y ya estoy maqui-neando, pensando boludeces para que me metan de nuevo acá adentro. Mirá que seré gil.

“Somos lo que hacemos para cambiar lo que somos”. Por qué carajo se me viene esta frase a la cabeza. ¿Soriano? No, era otro... ¿Galiano? Bueno, uno de esos era. Muy linda la frase, todo piola con los escritores y el taller literario, pero cuando piso la calle, me lo meto todo en el culo. Escribía piola el loco, mucha palabra elegante. ¿Pero sabrá lo que es el hambre ese flaco? ¿Habrá tenido que chorear para comer, ese Galiano? Porque con guita, somos todos decentes.

¿Qué hora es? Y veinte. Dale, la concha de la lora. Estos hijos de puta me quieren tocar el culo hasta el último día. Qué tanto tardan en leer la orden y sacarme de acá. Que al forro de Gómez no se le ocurra cajonearla porque le armo el motín acá nomás.



GANADO

-Los trasladaron a todos – dice la chica, apoyando su espalda contra la reja helada. Se deja caer hasta que el culo encuentra el piso.

-¿Qué? ¿De qué hablás, Belén? ¿Qué pasó? – pregunta el pibe y se agacha hasta que sus caras quedan a la misma altura.

La chica se tapa la cara con sus pequeñas manos y las hunde con fuerza sobre sus ojos rendidos.

-¡Belén, hablame! ¡¿Qué carajo pasó?! – Le corre delicadamente las manos y ve una lágrima inquieta que resbala por su mejilla.

-¡Preguntales a estos hijos de puta qué pasó!

Detrás del chico, un uniformado sale de una habitación próxima destapando un termo de plástico. El pibe se incorpora y voltea.

-Disculpame. Venimos a dar un taller literario con los chicos del pabellón 5. ¿Todavía no los bajaron?

-El 5 no está más pibe. ¿No te avisaron?

-¿Cómo que no está más?

-No. El lunes tuvieron requisa y se zarparon, se nos vinieron al humo. Estuvieron engomados dos días hasta que los trasladaron.

-¿A todos? ¿A los 80 pibes trasladaron?

El uniformado asiente con la cabeza y encara para la otra punta del pasillo, donde una pava abollada silba al fuego de un anafe.

-Hijos de puta. Dos años... Dos años trabajando con los pibes y estos canas mandan todo a la mierda-dice la chica desde el piso. -Ochenta pibes... Se los llevaron como ganado.

-Órdenes del Director, piba.- concluye el uniformado, mientras retira la pava del fuego.



EL MARGEN

La vida es una hoja en blanco. Cada uno se encarga de llenar los espacios, de marcar su recorrido e hilvanar en ella su futuro. El problema está en que no todos pueden completarla de la misma manera.

Algunos nacen cómodos, sobre hojas suaves, con plumas de oro o pinceles pomposos, y solo deben seguir los renglones que delicadamente trazaron para facilitarles el camino. Pero para otros, que escriben con modestas biromes o utensilios torpes, de minas frágiles, la cosa es más compleja. A estos otros, les vinieron las hojas arrugadas y pisoteadas. A estos pibes, que no conocen el confort ni la estabilidad de los renglones, solo les queda escribirse al margen. El margen, ese lugar lejano y sombrío al que nadie quiere ir a parar, y donde siempre caen los mismos.

Para los afortunados, la hoja en blanco es un sinfín de oportunidades, un mundo por inventar. Para los otros, los condenados al margen, esa hoja áspera es

una trampa imposible de sortear. Sus vidas transcurren en una incomodidad y una incertidumbre constante. Viven con miedo. Saben que un pequeño error, una insignificante línea que cruza el límite, que va más allá del margen, los saca del juego.

Ese es el mundo del pibe marginado. El margen lo ahoga, lo sofoca, lo corre al borde del escenario social. Solo consigue sobrevivir aquel que maneja el margen con el pulso de un dibujante y el equilibrio de un trapequista.

O el que se aventura en los márgenes de una hoja en blanco.



TIERRA MOJADA

De nuevo, cuando cierra los ojos con fuerza e intenta dormir, su mente retrocede hacia aquella noche y divisa la escena. De nuevo el olor a mugre y a tierra mojada. De nuevo el recuerdo renace.

Entonces vuelve a esa esquina, esa pared sucia en la que se refugió a la espera de un peatón imprudente, desafiante de la noche. El fierro helado contra su panza le daba puntadas. El estómago vacío no ayudaba.

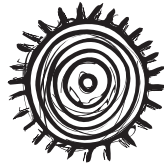
Recuerda el momento en que dudó entre seguir o volver a su casa, a la tibieza de su bebé, la certeza de su mujer. Pero no podía, no podía volver con las manos vacías, se convenció. Y esperó.

Adivinó los pasos, levantó el buzo y sacó el fierro que el cinturón apretaba contra su abdomen. Apuntó y se abalanzó contra la sombra que se insinuaba. Vio a un pibe con anteojos que temblaba, dispuesto a entregarle cualquier cosa. Vio el inoportuno patrullero que disminuyó la marcha, desconfiado, y en un

solo movimiento activó la alarma y lo acorraló.

Se ve corriendo y tirando para atrás, sin mirar. Se ve cayendo y puteando a la baldosa rota que lo hizo tropezar. Ve cómo el cana lo reduce. Siente la suela áspera del borcego que le aplasta la cabeza contra el piso. Escucha al cana que le dice satisfecho: “de esta no zafás, negro de mierda”.

En la oscuridad de la celda, recuerda. Y, como todas las noches, ese bulto que usa de almohada, se impregna del olor a tierra mojada y desgracia que sintió en la vereda, mientras el cana le hundía la cara contra el piso.



MAGIA EN SOL

Juan mira el patio y quiere atravesar la reja con la mirada. Ve la tierra seca, una pelota descascarada y un trozo de cielo. Tiene la infantil pero maravillosa sensación de que allí, donde llega el sol, el tiempo corre. Tiene la fantástica sensación de que el sol, aquel viejo mago, crea vida con su luz. Tiene el deseo, la ilusión, de que su brillo lo alcance y le permita traspasar los barrotes.

Guarda las palabras que tanto le gusta recordar cuando se siente abandonado. Palabras que alguna vez leyó y que ahora se acercan a su cabeza como un susurro distante:

“Del otro lado de la reja está la realidad
de este lado de la reja también está la realidad
la única irreal es la reja”.

Entonces cierra los ojos, extiende los brazos entre los barrotes y siente cómo, poco a poco, una luz tenue le roza los dedos y lo envuelve en una ternura nueva, como una promesa.



FÉLIX

El pabellón 5 es uno de los que mejor cotiza: es el único sin ratas en toda la Unidad. Eso se lo deben a Félix, un gato negro con una mancha blanca que bordea su ojo mocho. Algunos dicen que lo perdió en un duelo por una gata en celo. Otros, que fue el precio que pagó por cazar una rata que lo igualaba en kilaje.

Félix es la mascota del pabellón. Es el único que está encerrado por decisión propia. Los pibes le juegan, lo acarician, lo alimentan y le ofrecen un lugar cálido donde dormir. Si se escucha un maullido, sea la hora que sea, alguno se acerca a mimarlo y atenderlo. Entre todos le dan el afecto que, tal vez, anhelan.

Durante el día juega con los pibes, duerme y pasea por la cárcel valiéndose de su habilidad para obtener comida. Por la noche sale de cacería, y cuando vuelve – nunca antes del amanecer – está exhausto; a veces, magullado. La cárcel está repleta de ratas, y las ratas de la cárcel dan pelea.

Para el taller literario uno de los pibes del pabellón escribió un poema sobre la mascota. En él decía que Félix era el único en toda la cárcel que era verdaderamente feliz. Es feliz, decía el poema, porque es el único que pasa entre los barrotes.



HORMIGAS EN LA PANZA

Jonathan durmió en la calle, en galpones y en institutos de menores. Comió en casas de amigos, en comedores de barrio y en basurales. Limpió vidrios, pintó casas, lustró zapatos y vendió biromes. Robó a hombres, a mujeres y a algún que otro pibe. Probó el faso, el paco y el Poxi-Ran. Se cogió a gordas y a flacas, a lindas y a feas. Recibió piñas, palazos, tiros y facazos. Dio piñas, palazos, tiros y facazos. Fajó menos de lo que lo fajaron.

Jonathan, que vivió tanto y tan intenso en su corta vida, que cumple su segunda condena con solo 23 años, nunca pisó una escuela.

Cuando el guardiacárcel abre el candado y empuja la reja, Jonathan entra a un aula por primera vez. Un hombre serio, de barba y pelo canoso, lo está esperando, parado frente a un pizarrón, con anteojos redondos y un libro en sus manos.

Jonathan lo ve y piensa que así debe lucir un

hombre sabio. Siente algo raro que se concentra en su estómago, algo nuevo: un miedo placentero, unos nervios que lo entusiasman.

Como un chico, siente, y nunca será tarde, un hormigueo en la panza como la inminencia de un abrazo.



CUERPOS POETAS

A veces, en los cuerpos mudos de la cárcel que rondan enrejados y vencidos, hay marcas que encienden las pieles.

Son palabras espesas y dibujos de líneas filosas que cuentan una historia, que mantienen vivo un recuerdo o immortalizan un ser querido.

Son nombres, fechas, rostros y rosas. Son escudos, colores, espadas y soles.

Son caballos, monedas, poemas y murgas. Son miradas vivas que desafían, y miradas muertas que callan tristezas.

En esos trazos, los cuerpos aprenden a sentirse acompañados, a sentirse vivos en el encierro que los consume.

En esas letras, aquellos que no tienen voz, encuentran la forma de hablar.

Con esas letras, literatura elemental e involuntaria, llenan la soledad de sus pieles, ocupan el vacío del presente irremediable.

Esa tinta inunda sus poros: juega, corre, ilumina. Y
escribe. Hunde en la carne palabras que sufren, que
aman, que duelen.
Que están vivas.



SABERES

El pibe vestido de maestro, sabe. Sabe de literatura, de obras de Shakespeare y de tragedias griegas. Sabe de política, de filosofía, de derecho y de poesía. Sabe de historia, de guerras y revoluciones, de pestes y hambrunas. Sabe de la naturaleza y del ciclo de la vida. Y con sus muchos saberes, enseña. O hace que enseña.

El pibe vestido de preso, sabe. Sabe de literatura, y sin conocer de escritores griegos, sabe mucho de tragedias. Sabe algo de política, de los políticos y de sus promesas vacías. Sabe de derecho y de la mezquindad de la justicia. Sabe de poesía, del arte de embellecer la pena y los sueños incumplidos. Sabe, y mucho, de la guerra y del hambre. Sabe de la historia, que si el pobre se zarpa es “delito” y si el rico se revela es “revolución”. Sabe de la naturaleza y del fugaz ciclo de la vida, pero más que nada sabe de la muerte.

Y con sus saberes, sobrevive. O, al menos, lo intenta.

VENCE EL SILENCIO

En la cárcel pasan cosas que no pueden ser contadas. Que ni el más bravo ni el más letrado pueden nombrar. Cosas que lo marcan a uno para siempre y le restan dimensiones a la vida.

Dicen que en la cárcel, en algún punto, todos se rinden. ¿Será que también se rinden las palabras? ¿Tal vez, el hecho de no nombrar lo que pasa en el encierro es una forma de fingir que nunca ocurrió? ¿Será el silencio un proveedor de olvido? ¿O será que todavía no hay palabras que describan el dolor, tanta miseria y ausencia? Puede que no haya palabras para eso; que en algún punto, la palabra en la cárcel solo arañe la superficie de las cosas.

¿Serán tan altos los muros, tan gruesas las rejas, que no se alcanza a oír la voz marginada? ¿Será que en la cárcel todo muere, incluso las palabras? ¿Acaso vencerá el silencio? Ese silencio que grita que aunque seamos muchos, estamos solos, y que entre

todos formamos una misma soledad amontonada.
¿Será la cárcel el cementerio de la palabra?



VOCES SUPREMAS

¿Qué valor tiene la palabra en la cárcel? Al preso, desde que es preso, se le enseña que su vida no vale nada, que no es más que un número en el sistema, una cifra en una planilla fácil de borrar. Y si su vida no vale nada, ¿cuánto puede valer su palabra?

La palabra crea, interroga, incomoda, cuestiona, denuncia. La palabra da nombre y materialidad a las cosas, llena ese espacio entre el hombre y el mundo. ¿Qué palabras suscita? ¿Reja, visita, requisa? ¿Celda, engome, buzón? ¿Faca, palo, motín?

La palabra no conoce de barrotes ni candados. Por eso, cuando se atreve a cruzar la reja y se entrega al pibe, y el pibe se entrega a ella, surge algo auténtico y poderoso. La palabra se convierte en reflexión: reflexión sobre el dolor, la violencia y la miseria a la que está encadenado; pero también reflexión sobre un futuro, un futuro que le permite ir más allá de las rejas y los altos muros de concreto que lo rodean. Un futuro que lo hace libre.

Entonces el pibe entiende que su vida vale algo, que él es algo más que un cuerpo encerrado. Entiende el verdadero valor de la palabra: que la palabra es vida, es libertad. Entiende que la palabra que no se pronuncia, la que se calla, se convierte en silencio. Entiende que el silencio es el idioma de los vencidos, y que la palabra nació para callar ese silencio. Ese silencio que asfixia y hace de las penas algo eterno.

La palabra, al fin y al cabo, es la posibilidad de una libertad y un vuelo.



DEUDAS

En soledad intenta escribir sobre soledades ajenas, que saben más amargas.

Trata de recordar y volver a ese taller. A los dibujos que le dan vida a las paredes. Al trabajo y al esfuerzo constante. A los mates dulces. A las sonrisas francas y contagiosas. A los abrazos compañeros. A las consignas ridículas y a sus resultados de fantasía. A ese futuro que lo hace creer.

Escribe, se detiene y lee. Cree que podría hacerlo mejor. Sabe que podría hacerlo mejor. Y borra. Piensa en la hoja en blanco que lo mira como un espejo; que con cada letra que anota dibuja un nuevo rasgo de su identidad en tránsito. Entiende que en cada historia que cuenta deja un pedazo de cuerpo; que se entrega letra a letra, palabra a palabra. Y que en cada elemento, en cada detalle, va descubriendo al periodista que será.

Escribir es la única manera que encuentra de cerrar una experiencia caleidoscópica, de emociones

profundas, de inesperados aprendizajes. Es la forma que encuentra para darle voz y presencia a esos pibes abandonados, a sus sueños asesinados mil veces.

Tiene miedo, porque siente que cada palabra que olvida es un rostro que se perderá para siempre, una injusticia, una pérdida, una renuncia.

Recuerda al taller como un lugar poderoso y alegre, en el que la libertad transitó indómita y pícara, quebrantando muros de puro concreto, sólo porque pibes y pibas como él se animaron a pronunciar las palabras mágicas. Ve la poesía feliz brotando del mar de sospechas y lamentos.

Escribe triste porque se recuerda acompañado y querido, pero escribir es tarea solitaria. Escribe porque es la única manera de superar las pérdidas.

Sabe que sus palabras no cambiarán la historia. Sabe que no romperán candados, ni doblarán barrotes. Sabe que no calmarán las penas de los vencidos, ni liberarán cadenas, ni emparcharán injusticias, ni clamarán piedades.

Intenta escribir sobre penas y condenas, sobre pérdidas y castigos, sobre sombras y eternos tiempos ajenos, sobre amarguras que no sabe si ha llegado, acaso, a intuir.

Intenta escribir sobre una deuda y una promesa.

Lo que sabe es poco y recién empieza. Con esto, por hoy, le basta.

Se sienta a la mesa, y escribe.

INDICE

| | |
|-----------------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| Fuga | 11 |
| Pequeño burgués | 13 |
| Noche absoluta..... | 17 |
| Sueño de vigilante | 19 |
| Los miedos | 23 |
| Leonera | 27 |
| El poronga | 31 |
| El hambre de <i>Galiano</i> | 33 |
| Ganado | 35 |
| El margen | 37 |
| Tierra mojada | 39 |
| Magia en sol | 41 |
| Félix | 43 |
| Hormigas en la panza | 45 |
| Cuerpos poetas | 47 |
| Saberes | 49 |
| Vence el silencio | 51 |
| Voces supremas | 53 |
| deudas | 55 |

